

A menudo se repetía esta escena y era lo único que alteraba la paz de los esposos. Así pasaron los cuatro primeros años de su matrimonio en medio de aquella soledad apenas turbada por las visitas de los de Rieu y sin más cuidados que los pasajeros temores de Magdalena por los rezos de Genoveva que sin embargo, no llegaban á perturbar seriamente la tranquilidad del hogar. Erales preciso un golpe más rudo para caer nuevamente en el dolor.

Al comenzar el quinto año, los primeros días de Noviembre, cuando Tiburcio acompañó á Elena á París, Magdalena y Guillermo pensaron ir á vivir á su casita de la calle Boulogne; pero aplazaron el viaje hasta el siguiente año, no veían la necesidad de abandonar á Veteuil. La charla de su hija que iba creciendo, era su alegría y su distracción, y así vivieron reclusos en su vetusto castillo hasta el mes de Febrero. Una tranquilidad soberana les adormecía y no querían despertar nunca de su feliz y prolongado sueño.

VII

A mediados de Enero, Guillermo, tuvo precisión de ir á Nantes, para solucionar un asunto que debía despachar personalmente y que le retendría allí toda la tarde. Montó en el cabriolé, manifestando á Magdalena que no volvería hasta las once de la noche. La joven le esperaba acompañada de Genoveva.

Después de comer cuando quitaron los manteles, la vieja protestante, como de costumbre, abrió su enorme Biblia. Repasó primero algunas hojas. Luego se fijó en el conmovedor pasaje de la hermosa pecadora arrepentida, cuando postrada á los pies de Jesús los llena de perfumes implorando el perdón de sus faltas, que Jesús le concede misericordiosamente. La fanática rara vez escogía un pasaje del Nuevo Testamento; la santa redención, las parábolas de Jesucristo con su exquisita é inefable poesía, no satisfacían los ardores tenebrosos de su espíritu. Mas aquella tarde, ya fuera debido á la casualidad de haber abierto la Biblia por aquel pasaje de perdón, ya porque obedeciera á una vaga é inconsciente idea, ello es que recitó la historia de María Magdalena con voz dulce llena de unción.

En el silencio del vasto comedor se oía el murmullo de la anciana que salmodiaba lentamente: «Y una mujer de la ciudad que había observado mala vida, sabiendo que El comía en casa de Phariseo compareció allí con un vaso ó piedra lleno de un aceite odorífero. Y arrojándose á las plantas de Jesús, lloró con desconsuelo regándole sus

pies con sus lágrimas y enjugándose los después con sus cabellos. Y luego le besó y ungió sus pies con aquel aceite.»

Genoveva continuaba así, elevando gradualmente el tono, dejando caer lentamente y uno á uno los versículos como ahogados sollozos.

Magdalena había procurado al principio no oírla. Una velada frente á frente á aquella fanática vieja la espantaba. Lela también un libro junto á un rincón de la chimenea procurando absorberse en la lectura y esperando con impaciencia á Guillermo. Algunas frases, sin embargo, de la salmodia de Genoveva le causaron un malestar indefinible. Cuando empezó Genoveva la historia de la pecadora arrepentida y perdonada, levantó la cabeza y escuchó presa de una emoción profunda.

Oía uno á uno los versículos y Magdalena creyó que la enorme Biblia hablaba de ella, de su deshonor, de sus tristezas, de su ternura. ¿Aquel poema de dolor y de adoración acaso no era el suyo? Ella también se había arrojado y Guillermo la perdonó. Una inefable dulzura la invadió poco á poco á medida que el relato se desarrollaba interrumpido por sus profundos suspiros, suspiros de remordimiento y de esperanza. Seguía atenta, frase por frase, aquella historia, esperando con fervor la última palabra de Jesús. El cielo le decía por fin «que era preciso haber amado mucho y haber llorado mucho para alcanzar la redención.» Volvió á su mente la pasada vida, sus amores con Jacobo y este recuerdo que aun le angustiaba á veces, ya no la produjo más que tierno sentimiento. Las cenizas de aquel amor pasado acababan de ser barridas por un soplo de misericordia. Como Magdalena, podía ella hacer penitencia en un desierto y redimirse por el amor. Era una suprema absolución que recibía. Si otras veces cuando Genoveva leía, le pareció ver de invisibles bocas, ocultas en la sombra de la vasta sala, amenazas, de un castigo terrible en este momento, hallábase enajenada por voces acariciadoras que le prometían el olvido y la felicidad.

Cuando la protestante llegó á aquel versículo: «Después dijo Jesús á la mujer: tus pecados son perdonados...» Magdalena entreabrió los labios y una celestial sonrisa se dibujó en su boca. Sentía que lágrimas de gratitud subían á sus ojos y no pudiendo dominar su impulso de atestiguar su dicha, exclamó:

—Es una bonita historia... Me ha gustado extraordinariamente. Ya me la leerá usted otra vez Genoveva.

La fanática levantó la cabeza sin replicar, miraba á la

joven con dura fijeza sin contestarla. Parecía sorprendida y descontenta de su afición á los tiernos poemas del Nuevo Testamento.

—Prefiero esta historia—continuó Magdalena,—á las páginas crueles que me lee usted con frecuencia. Es muy hermoso perdonar y ser perdonado. La pecadora y Jesús nos lo dicen.

Genoveva se levantó como movida por un resorte al oír el conmovido acento de la joven, sus ojos lanzaron sombríos destellos; después cerrando ruidosamente la Biblia, exclamó con su tono enfático y solemne:

—Dios Padre no hubiese perdonado.

Aquella frase terrible, llena de un fanatismo feroz, aquella atroz blasfemia que negaba toda bondad, anonadó á Magdalena. Le pareció que sobre sus espaldas caía una pesada losa de plomo. Genoveva la volvía brutalmente al fondo del abismo de donde acababa de salir. El cielo no perdonaba; era una imbecil soñando en la benignidad de Jesús. Por un momento fué presa de una inmensa desesperación. «¿Por qué he de temer? pensó luego esta mujer está loca.» Pero á su pesar el presentimiento de una desgracia que la amenazaba, la hacía mirar á su alrededor con aire inquieto. La vasta sala dormía iluminada por los amarillentos reflejos de la lámpara y por los resplandores del fuego de la chimenea. En aquel gran silencio que la rodeaba, creía Magdalena, ver oculto un nuevo dolor insuperable.

Genoveva se acercó á la ventana.

—Ahí está Guillermo—exclamó volviendo al centro del salón.

Una luz roja había pasado á través de los cristales y se apercibió el ruido de un coche que se detuvo ante el vestíbulo. Magdalena si bien esperaba con impaciencia á su marido, permaneció sentada en vez de correr á su encuentro y mirando hacia la puerta con extraña ansiedad sin saber por qué latía su corazón dolorosamente.

Guillermo entró con vivo ademán. Tenía un aspecto de boca alegre. Arrojó el sombrero sobre un mueble y se enjugó la frente bañada de sudor á pesar del frío que hacía. No podía estar quieto, iba y venía sin objeto. Por fin se paró delante de Magdalena y con ahogado acento: —¿A que no sabes á quién he encontrado en Nantes?— preguntó con manifiestos deseos de revelar cuanto antes su secreto.

La joven continuó sentada y no se levantó. Estaba sor-

prendida, casi asustada con la alegría bulliciosa de su marido.

—Vamos—añadió,—adivina... busca...

—No acierto—respondió Magdalena.—No tenemos ningún amigo cuyo encuentro te pueda causar tan extraordinaria alegría.

—En eso te engañas, porque he encontrado á mi amigo, el único, al mejor...

—¿Un amigo?—dijo la joven algo asustada.

Guillermo no pudo callar por más tiempo lo que á todo trance quería decir.

Cogió las manos á su mujer y exclamó con expresión de triunfo:

—He hallado á Jacobo.

Magdalena no lanzó ni un grito ni hizo el menor ademán de asombro, pero palideció horriblemente.

—Eso no es verdad—murmuró,—Jacobo ha muerto.

—No, no ha muerto; es una historia que te referiré. Cuando le vi en la estación de Nantes le tuve miedo, creí que era un aparecido.

Y se echó á reír como un niño completamente dichoso. Había soltado las manos de Magdalena, que cayeron inertes sobre las rodillas de la joven. Esta permanecía como aplastada, muerta, sin voz. Hubiera querido levantarse y huir, pero sus músculos no la obedecían. En el anonadamiento de su ser, Magdalena no oía más que las atroces palabras de Genoveva: «Dios Padre no habría perdonado.» Dios Padre en efecto, no la perdonaba. Sentía que la desgracia la rodeaba otra vez y casi la estrangulaba. Con aire estúpido miraba las paredes como si no corciese la estancia; la tranquilidad que reinaba en ella le parecía terrible, ahora que el miedo agitaba su cerebro con ensordecedor ruido. Concluyó por fijar sus miradas en la fanática vieja, pensando que aquella mujer que representaba la fatalidad, había resucitado á Jacobo para interponerle entre ella y su marido.

Guillermo ciego de alegría, se acercó á Genoveva.

—Es preciso disponer el cuarto azul—le dijo.

—¿Viene mañana Jacobo?—preguntó la vieja criada que trataba á éste como si fuera el muchacho de antaño.

Al oír esta pregunta que la sacó de su estupor, se levantó Magdalena. Apoyada en el respaldo de su sillón y tambaleándose, dijo febrilmente:

—¿Por qué ha de venir mañana?... No vendrá... Ha visto á Guillermo en Nantes y no necesita más. Se ha marchado á París, ¿verdad?... Seguramente tendrá negocios que hacer... gentes amigas que visitar...

lo lo decía Magdalena balbuciente, sin saber lo que decía. Guillermo soltó una carcajada.

Pero si Jacobo está ahí—dijo,—y no tardará en llegar. Debías suponer que no le dejaría... Está ayudando á enganchar el caballo que se ha herido. Como los caballos están malos y la noche es tan oscura...

Después abrió la ventana, y gritó:

—¡Jacobo, acaba pronto!...

Una voz fuerte que salía de las tinieblas del patio, respondió:

—Sí, sí, ya voy...

Aquella voz cayó sobre el pecho de Magdalena como una maza de hierro.

Se dejó nuevamente caer sobre el sillón, ahogando su grito un estertor de agonía... ¡Hubiera querido morir! ¿Por qué iba á decir cuando entrara Jacobo? ¿Cuál sería su actitud entre aquellos dos hombres, su marido de hoy y su amante de ayer? Se volvía loca pensando en la estancia que se preparaba. Lloraría de rabia y de pena oculándose el rostro entre las manos, en tanto que Jacobo y Guillermo, se mirarian asombrados, se arrojaría á sus brazos de su marido, desesperada de haber echado el anillo de su existencia como un infranqueable abismo entre los dos amigos de la infancia. Repetía inconscientemente estas palabras: «Jacobo está aquí, dentro un segundo entrará en esta habitación.» Cada segundo que transcurría era para ella un siglo de angustia. Con los ojos cerrados en la puerta, bajaba las pupilas al menor ruido que no ver. Esta situación, esta espera que no duró más de un minuto, equivalió á los sufrimientos de una vida entera.

Guillermo seguía paseando alegremente por la sala. Por un momento se percibió de la palidez de Magdalena.

—¿Qué tienes?—le preguntó acercándose á ella.

—No lo sé. He estado mal toda la noche.

Después haciendo un esfuerzo se levantó y agotó toda la energía que le restaba para retardar la terrible exaltación.

—Me voy á retirar—dijo con voz más firme,—tu amigo se retendría mucho tiempo hablando y tengo absoluta necesidad de descansar. Mi cabeza estalla... ya me lo prepararás mañana.

Guillermo que soñaba con la alegría de poner frente á frente á los dos amores de su vida, quedó muy contrariado por el súbito malestar de su mujer. Desde Nantes había

fustigado sin piedad el caballo, hasta el punto que el pobre animal en su loca carrera se había descoyuntado una pata resbalando en la helada superficie de la carretera. Tenía ganas de llegar á la Noirande, imaginando con alegrías de niño la escena que se desarrollaría al abrir la puerta del comedor. Ocurriósele la pueril fantasía de representar una comedia. Presentaría á Jacobo como un extraño y gozaría con el asombro de Magdalena cuando supiera el verdadero nombre del desconocido. En realidad estaba loco de contento. En adelante su corazón estaría lleno de un amor y una amistad que asegurarían su dicha futura. Ya se figuraba estar juntando las manos de Magdalena y Jacobo al tiempo que les decía: «Aquí está tu hermano, ésta es tu hermana. Amémonos los tres tanto como dure nuestra vida.»

Insistió en retener á su mujer, le desagradaba aplazar para otro día la dicha inefable que desde Nantes se prometía. Pero Magdalena parecía tan indispueta, que la dejó retirarse. Iba la joven á salir cuando le pareció oír ruido de pasos. Retrocedió bruscamente, como quien huye de una agresión repentina; después desapareció rápidamente por una puerta que comunicaba con el salón. Acababa de cerrar esta puerta, cuando entró Jacobo.

—Tu caballo está mal herido—dijo á Guillermo.—Soy algo veterinario y creo que no tiene salvación.

Decía esto por hablar de algo mientras examinaba con curiosidad la habitación. Ducho en materias de amor tenía interés en saber con qué mujer se había casado su amigo, á qué corazón había unido el suyo delicado y débil, y cuyos entusiasmos en otro tiempo le hacían reír. Guillermo comprendió la pregunta que encerraba aquella mirada.

—Mi mujer la verás mañana—dijo;—está indispueta.

Después se volvió á Genoveva que no se había marchado aún, y la repitió la orden:

—Pronto Genoveva, que preparen el cuarto azul. Jacobo debe estar muerto de fatiga.

La protestante había observado perfectamente la profunda emoción de Magdalena. Sólo por malsana curiosidad se había quedado en el comedor. Hacía mucho tiempo que su espíritu inquisidor creía haber descubierto que Magdalena era pecadora. Aquella criatura bella y vigorosa con los cabellos rojos, exhalaba olor carnal del infierno. A pesar del odio de su religión á las imágenes, Genoveva tenía en su cuarto una imagen de las tentaciones de San Antonio, cuyas aberraciones demoniacas se avenían con su naturaleza visionaria. Aquellos diablillos que con sus atro-

ces muecas atormentaban al pobre santo; aquella boca del infierno que se abría para tragarse la virtud vacilante, era símbolo fiel de sus creencias religiosas. En un rincón unas mujeres mostraban lascivamente sus desnudas gargantas al ermitaño, y una rara casualidad, una de aquellas mujeres tenía algún parecido con Magdalena. Este parecido hirió hondamente á la imaginación exaltada de Genoveva; espantábala la semejanza, hallando en la joven esposa de Guillermo, la sonrisa brillante, la cabellera insolente de la cortesana evocada por el infernal abismo. Con exaltación de exorcista solía bautizar mentalmente á Magdalena con el calificativo de *lúbrica*, epíteto escrito en la estampa debajo de la demoníaca aparición. Toda la parte inferior de aquel grabado groseramente impreso, estaba también cubierto de nombres que personificaban un vicio en cada demonio. Cuando al recibir la noticia de la resurrección de Jacobo se contrajo bruscamente el semblante de Magdalena, creyó por fin descubrir á la bestia inmunda bajo aquella piel nacarada, y no hubiera sentido la menor extrañeza si el soberbio cuerpo de la joven se hubiese trocado en repugnante sapo. No comprendió cuál era el drama que conmovía á la desdichada; pero tuvo conciencia de que el pecado le ahogaba y se propuso vigilarla para evitar que hiciera daño, si trataba de que en la Noirande volviese á entrar Satanás, salido por la chimenea del laboratorio con el alma del señor de Viargne.

Se decidía á subir para preparar el cuarto azul, cuando Jacobo tomó alegremente las secas manos de la vieja entre las suyas. Se excusó por no haberse fijado en ella al entrar y renovar su antiguo conocimiento. La felicitó por su buen aspecto, la dijo que había rejuvenecido y acabó por hacerla sonreír. Cuando Genoveva se retiró, los dos amigos se sentaron junto á la lumbre medio apagada. Sobre las cenizas ardía una brasa rojiza. En la vasta sala volvió á reinar su anterior tranquilidad.

—Te duermes de pie—dijo Guillermo sonriendo,—pero yo no guardaré tu sueño mucho tiempo. Tu habitación estará pronto arreglada. Querido Jacobo, ¡qué agradable es volverse á ver! Hablemos ¿quieres? Hablemos como en otro tiempo ante esta chimenea, donde nos calentábamos las heladas manos al regresar de nuestras inolvidables pescas.

Jacobo se sonreía también. Hablaron del pasado, del presente y del porvenir; sus recuerdos y sus esperanzas salían al azar en su conversación. Ya en el trayecto de Nantes á Veteuil, Guillermo había mareado á su amigo á preguntas sobre la manera cómo se hubo salvado de las olas, sobre su largo silencio, sobre lo que pensaba hacer

en adelante. Sabía al dedillo la historia de Jacobo, pero se complacía haciéndosela repetir.

El periódico que Guillermo había leído estaba equivocado. Dos hombres salieron vivos del naufragio del *Propheta*: el médico y un marinero, que tuvieron la fortuna de asirse á una chalupa arrastrada por el oleaje. Hubieran muerto de hambre si el viento no les hubiese empujado hacia la costa, donde dieron con tal violencia contra las peñas que el marinero quedó muerto instantáneamente y Jacobo perdió el sentido. Fué llevado á una casa vecina, donde estuvo cerca de un año luchando entre la vida y la muerte. El médico que le cuidaba por poco le mata, pero á pesar de todas estas contrariedades, se puso bueno y á la vez de regresar á Francia continuó su viaje, y fué tranquilamente á Conchinchina á prestar servicio. Sólo en una ocasión escribió á su tío y en el sobre incluyó otra carta dirigida á Guillermo, con encargo de que se llevaran á la Noirande; pero el buen hombre había muerto, dejando á su sobrino unos diez mil francos de renta. La carta de Jacobo se perdió y no volvió á encontrarse. La carta de Jacobo se perdió y no volvió á encontrarse con ánimos para coger la pluma. Tenía por el papel la tinta el horror de los hombres de acción. No se acordó por completo de su amigo, pero fué aplazando un día para otro el momento de escribirle, hasta que decidió darle las noticias personalmente cuando regresara á Francia. El saber que había heredado le dejó indiferente. Era entonces el amante de una mujer indígena cuya extraña belleza le tenía subyugado. Más tarde esta mujer abandonó. Disgustado del servicio, resolvió entonces regresar á París y comerse tranquilamente sus rentas. Había desembarcado el día anterior en Brest. Sólo pensaba de irse un día en Veteuil, ansioso de llegar á Tolón, donde estaba moribundo un compañero de campaña, un muchacho á quien estaba agradecido y á quien debía velar en el lecho del dolor.

Estos detalles sorprendieron extraordinariamente á Guillermo, que creía oír un cuento de *Las mil y una noches*. No podía creer que pudiesen ocurrir tantos y tan diversos hechos mientras él se adormecía en la calma de un pensamiento y de un afecto único. Su carácter ocioso y dulce espantábase un poco de aquella multiplicidad de sucesos y de sucesos distintos.

La conversación de los dos amigos continuaba alegre y cordial.

—¿Es posible—exclamó por vigésima vez Guillermo—que no quieras estar á mi lado más que un día? No

hecho más que llegar y ya me hablas de partir... Quédate una semana.

—Es imposible—replicó Jacobo,—dejar á mi compañero solo en Tolón, sería cometer un crimen.

—¿Pero volverás?

—Te lo prometo, dentro de un mes, tal vez antes de quince días.

—¿Para no marcharte?

—Precisamente, querido Guillermo. Si lo deseas pasaré aquí todo el verano... Pero mañana por la noche vuelvo á tomar el tren. Tienes un día para disponer de mí como gustes.

Guillermo no escuchaba, miraba á su amigo y parecía acariciar una idea feliz.

—Mira, Jacobo—le dijo por fin,—estoy pensando una cosa. Vente á vivir con nosotros. Esta casa es tan grande que a veces nos morimos de frío; la mitad de las habitaciones están desocupadas, y esas habitaciones vacías que cuando niño me daban espanto, me producen ahora cierto malestar. Si quieres ocuparás un piso completo y vivirás á tu antojo como soltero. Lo que quiero es tu presencia y tus apretones de manos; lo que te ofrezco es nuestra tranquila felicidad, nuestra constante paz. ¡Si supieras qué bien se está en un rincón donde se ocultan dos amantes! No te seduce descansar en el fondo de este ignorado rincón? Vente con nosotros, te lo ruego. Consiente en vivir lejos del ruido y de la agitación del mundo; aprende á gustar nuestro sueño tranquilo y verás como nunca querrás despertarte. Tú aportarás á nuestra casa tu alegría, nosotros te daremos nuestro sosiego. Yo seré como siempre tu hermano, y mi mujer será tu hermana.

Jacobo escuchaba sonriente las sinceras palabras de Guillermo. Su actitud era dulcemente irónica.

—¡Pero mírame!—exclamó por toda respuesta.

Cogió la lámpara y se la acercó al rostro. Su cara se había hecho más basta y endurecida; el aire del mar y el sol se la habían cubierto de una capa color ladrillo. Todos los rasgos de su fisonomía denunciaban la vida azarosa que había llevado. Parecía haber crecido y engruesado; la cuadratura de sus miembros, la anchura del pecho y la robustez de los músculos, le daban aspecto de gladiador. Se había embrutecido algo y las delicadezas de su infancia quedaban ahogadas por lo rudo de su oficio de humano carnicero. Había comido tanto, reído más y vivido mejor durante sus años de servicio que no experimentaba la necesidad de afecciones y deseaba únicamente tener satisfechos sus deseos materiales. En el fondo seguía

siendo un buen muchacho, pero era incapaz de sentir la amistad de la manera apasionada de Guillermo. Pensaba en una vida de placeres positivos, una vida desligada de toda clase de lazos, pasada aquí y allá, en el fondo de las alcobas más voluptuosas y alrededor de las mejores mesas. Guillermo que no le había examinado despacio, sorprendióse al verle tan robusto. A su lado no era más que un niño débil.

—Pues bien ya te miro—replicó con inquietud, adivinando lo que quería decir.

—Y no insistes ya en tu ofrecimiento, ¿verdad Guillermo?—añadió Jacobo riendo ruidosamente.—Me moriría si viviera con la tranquilidad que tú. Antes de un año tendría una congestión. No, ni la felicidad alarga la vida.

—Es cierto.

—Pero tu felicidad no será nunca la mía. Esta casa sería para mí una tumba, tu amistad no me libraría del fastidio insoportable de esas habitaciones vacías de que hace poco me hablabas... Soy franco, comprendo que llegaríamos á reñir.

Y al ver la tristeza de Guillermo por esta negativa, añadió:

—No quiero decir que no aceptaré nunca tu hospitalidad, vendré de cuando en cuando á veros y á pasar un mes á vuestro lado. Ya te he dicho que este verano lo pasaré aquí; pero cuando llegue el frío iré á buscar el calor de París. Encerrarme aquí bajo la nieve, ¡bah! ¡eso, no!...

Su voz fuerte y su alegría poderosa, causaron enojo al pobre Guillermo, inconsolable al ver que se desvanecía su anhelado sueño.

—¿Y qué piensas hacer en París?—le preguntó.

—Lo ignoro—respondió Jacobo.—Nada, tal vez. Hace mucho tiempo que trabajo y puesto que mi tío ha tenido la excelente idea de dejarme rentas, quiero vivir lo más alegremente posible. Comeré bien, beberé mucho, y para distraerme tendré más mujeres hermosas de las que pueda desear. ¿Te parece poco?

Y se echó á reír de nuevo. Guillermo movió la cabeza.

—Nunca serás feliz—le dijo.—Yo en tu lugar me casaría y vendría á vivir aquí, en este pacífico rincón, donde la felicidad está asegurada. Fíjate en el silencio que nos rodea, mira el resplandor tranquilo de esta lámpara; esa es mi vida; ya ves, bien vivirías en esta calma perfecta si tuvieras ternura de corazón; y para ejercitar esa ternura, días, meses y años, serían semejantes é igualmente tranquilos... Cásate y vente.

A Jacobo llegó á parecerle muy cómica la idea del matrimonio, y más aun la de retirarse á una especie de convento para conservar el amor.

—¡Ah! ¡qué temperamento de enamorado!—exclamó.—¿Quieres creer que no hay otro igual á él en el mundo... Pero pobre amigo mío, ya no nacen maridos como tú. Si yo me casase tal vez pegaría á mi mujer á los ocho días, aunque no soy tan malvado. Ya comprendes que no tenemos la misma sangre en las venas. Tú tienes á la mujer un respeto ridículo; yo la considero como regalo de casamiento, pero del que no hay que abusar. Si me casara yo me retirase á este pueblo, compadecería sinceramente á la pobre criatura que se encerrara en mi compañía. Guillermo se encogió de hombros.

—Te empeñas en presentarte como malo sin serlo. Adoradas á tu mujer y la mirarías como un ídolo el día que te diera un hijo. No te burles de mi respeto ridículo; peor para ti si no llegas á tenerlo. No se debe amar más que á una mujer en la vida. La mujer que nos ama.

—Ahí tienes una frase que me parece buena—replicó Jacobo con ironía;—no es la primera vez que te la oigo y si no recuerdo mal me la dijiste bajo los sauces que dan sombra al riachuelo. Veo que no has cambiado, te encuentro tan entusiasta como te dejé... ¿qué quieres? Tampoco he cambiado yo y sigo entendiendo el amor de una manera. Un lazo eterno me daría miedo. He procurado siempre no coserme á las faldas de una mujer, y me arrepiento de modo que las quiero á todas sin amar á ninguna. El placer tiene también sus encantos...

Y se detuvo un instante para añadir en seguida con su voz brutal y bulliciosa:

—¿Eres feliz con tu mujer?

Guillermo que se apercibía á encomiar sus sentimientos de incabable ternura, se regocijó con que su amigo le hiciera aquella pregunta que despertaba en él la sensación agradable de sus cuatro últimos años de felicidad.

—¡Oh, sí! Dichoso, muy dichoso—respondió con voz enardecida.—No puedes imaginarte una felicidad semejante. Es un arrullo sin fin; me parece que he vuelto á la infancia y que he encontrado á una madre. Desde hace cuatro años vivimos en constante alegría. Quisiera que la hubiese visto para que aprendieras á amar. Ese silencio y esa soledad de que te asustas, nos han hecho dormir en un sueño divino y nunca nos despertaremos, tengo la seguridad de ello.

Jacobo le miraba con curiosidad.

—¿Es bonita tu mujer?—le preguntó.

—No lo sé—contestó Guillermo,—la amo con toda mi alma; ya la verás mañana.

—¿La conociste en Veteuil?

—No, la conocí en París, nos amamos y después me casé con ella.

Jacobo creyó advertir que se coloreaban ligeramente las mejillas de su amigo. Vagamente adivinó la verdad. No era hombre capaz de detenerse en un interrogatorio.

—¿Antes de ser tu mujer ha sido tu querida?

—Sí, durante un año—respondió sencillamente Guillermo.

Jacobo se levantó, y después de dar algunos paseos por la habitación, se plantó frente á su amigo, y con voz grave le dijo:

—En otro tiempo me escuchabas cuando te reñía; déjame recobrar por un momento mi antiguo papel de protector. Has hecho una tontería, amigo mío, no debe uno casarse con su querida. Desconoces el mundo, algún día reconocerás tu falta y te acordarás de lo que hoy te digo. Esos casamientos son muy bonitos, pero suelen acabar mal, los esposos se adoran al principio y luego se detestan hasta el fin de sus días.

Guillermo se levantó rápidamente.

—¡Cállate!—dijo con firmeza inusitada en él.—Te quiero tal como eres, pero me disgusta que nos compares á iguales á otros casados. Cuando veas á mi mujer te arrepentirás de tus palabras.

—Desde este momento las retiro si así lo quieres—replicó el ex-cirujano militar sin perder la gravedad de su tono.—Concedo que la experiencia me ha hecho escéptico y que no comprendo tus refinamientos de ternura. He dicho lo que pienso. Es un poco tarde para darte consejos, pero en tiempo oportuno podrás sacar algún provecho de mis advertencias.

Siguió á estas palabras un silencio penoso. A poco llegó un criado anunciando que el cuarto azul estaba preparado. Guillermo recobró su habitual sonrisa y tendió la mano á su amigo con ademán cariñoso.

—Sube á acostarte—le dijo,—mañana verás á mi mujer y á mi hija... Te convertirás, haré que te cases con una buena muchacha y concluirás por venir á enterrarte en esta casa antigua y fea. La dicha es paciente, te esperará.

Los dos jóvenes salieron de la sala sin dejar de hablar. Al pie de la escalera Jacobo tendió la mano á su antiguo amigo.

—No te enfades por lo que te he dicho, no deseo más que tu felicidad. ¿Eres dichoso, verdad?

Estaban ya subiendo los escalones del primer piso.

—Sí—replicó Guillermo,—aquí todo el mundo es feliz. Hasta mañana.

Al entrar Guillermo en el comedor vió que estaba allí Magdalena, de pie en el centro de la habitación. Había oído toda la conversación de los dos amigos. Se había quedado detrás de la puerta como clavada por la voz de Jacobo; esa voz en que reconocía hasta las más ligeras inflexiones, le impresionaba grandemente. Siguió una á una todas las frases, imaginándose los gestos y los movimientos de cabeza con que el que hablaba debía acompañarlas. La puerta que la separaba de su antiguo amante no existía para ella; creía tenerle delante de los ojos, viviendo y obrando como en los tiempos aquellos en que la estrechaba en sus brazos en la habitación del hotel Soufflot. La presencia, la vecindad de aquel hombre, le causaban una voluptuosidad amarga, le angustiaba oír sus risotadas y ardía su carne con aquella fiebre que él había conocido antes que nadie. Con secreto horror se sentía atraída por él. A serle posible hubiera huído. Pero no podía y sentía una inconsciente alegría por verle resucitado. Muchas veces inclinóse dominada por un movimiento instintivo, tratando de apercibirlo á través del agujero de la cerradura. Los pocos minutos que estuvo escuchando desfallecida, con las manos apoyadas en la puerta, fueron para Magdalena una tormentosa eternidad. «Si me caigo, pensaba, vendrán ambos y me moriré de vergüenza.» Ciertas frases de Jacobo la hicieron daño; cuando dijo que no debía un hombre casarse con su querida, se echó á llorar procurando no ser oída. Esta conversación, los proyectos de felicidad, que ella iba á pisotear, esas confianzas que le herían en lo más profundo de su ser, fueron para ella un suplicio indecible. Á duras penas oía la voz dulce de su marido. No tenía oídos más que para escuchar la voz grave y regañona de Jacobo. Se sentía como herida por un rayo.

Cuando los dos amigos se dirigieron á la escalera, Magdalena hizo un supremo esfuerzo comprendiendo que era preciso acabar. Después de lo que acababa de oír, le era imposible esperar el día siguiente. Contra aquel estado de cosas se rebelaba su recta naturaleza. Volvió al comedor. Sus rubios cabellos estaban destrenzados; su semblante visiblemente pálido, tenía contracciones bruscas; sus ojos dilatados parecían los de una demente. Guillermo sorprendido de encontrarla allí, se alarmó al fijarse en su cara. Corrió hacia ella.

—¿Qué tienes Magdalena?—le preguntó.—¿No te has acosado? ¿Por qué?

Y Magdalena con voz queda señalando la puerta del salón con el dedo, respondió:

—No, estaba allí.

Dió un paso hacia su marido, le puso ambas manos en los hombros y mirándole con sus ojos fríos, acerados, le preguntó:

—¿Es amigo tuyo Jacobo?

—Sí—replicó Guillermo asombrado;—bien lo sabes, pues que mil veces te he dicho los poderosos lazos que nos unían. Jacobo es mi hermano y deseo que le ames como si fueras hermana suya.

La palabra hermana la hizo sonreír de un modo extraño. Cerró un instante los ojos y después alzando los párpados más pálida y más resuelta, contestó:

—Sueñas con hacerle participar de nuestra vida, ¿acaso quieres que venga á vivir con nosotros para tenerle siempre á tu lado?

—Sí—dijo Guillermo.—Ese es mi mayor deseo. ¡Sería tan dichoso contigo y con él! Sois los dos únicos seres que me aman. En nuestra juventud Jacobo y yo no hacíamos distinción de tuyo y mío, y entonces hicimos el juramento de tenerlo todo en común.

—¿Habéis hecho ese juramento?—preguntó Magdalena herida en el corazón por la frase inocente de su marido.

Nunca le había impresionado tanto esa idea de comunidad entre los dos amigos. Tuvo que callar, porque su garganta se secaba y sólo gritando hubiera podido manifestar su pensamiento. En aquel momento entró Geneveva en la habitación, sin que se fijaran en ella los esposos. Observó su disgusto y permaneció de pie en la sombra; sus ojos ardientes, relucían; sus labios, se agitaban como si pronunciara en voz queda algún conjuro.

Durante toda la confesión de Magdalena, Geneveva estuvo allí inmóvil, implacable, semejante á la figura rígida y muda del Destino.

—¿Por qué me haces esas preguntas?—dijo al fin Guillermo vagamente asustado por la actitud de su mujer.

Magdalena tardó en responder. Seguía con las manos puestas sobre los hombros de su marido, mirándole de cerca á los ojos con fijeza cruel. Esperaba que Guillermo leería la verdad en su semblante para no tener que confesar su vergüenza. Temía hacer una confesión inmediata, no sabiendo qué palabras emplear y sin embargo, había que decidirse.

—He conocido á Jacobo en París—dijo lentamente.

—¿No es más que eso?—respondió Guillermo que no había comprendido.—Me das miedo; bueno si has conocido á

Jacobo en París, será para los dos un antiguo conocido. ¿Crees que voy á avergonzarme de ti? Ya he referido nuestra historia á Jacobo, y me siento orgulloso de nuestros amores.

—He conocido á Jacobo—repitió la joven con enronquecida voz.

—¿Y qué?

La ceguedad y la confianza absoluta de su marido eran nuevo motivo de tortura para Magdalena. No quería comprender con pocas palabras y la obligaba á ser cruel. Tuvo un impulso de rabia.

—¡Oye!—exclamó con violencia,—me has suplicado que jamás te hablara de mi pasado. Te he obedecido y casi lo he olvidado; pero ahora el pasado resucita y me hiere cuando más tranquila vivía. Ya no puedo callar, es preciso que te hable de eso para que impidas á Jacobo que me vea. Le he conocido, ¿comprendes ahora?

Guillermo se dejó caer sobre una silla junto á la chimenea; creyó que había recibido un golpe en el cráneo y tendió las manos como para encontrar un punto de apoyo y no caer. Su cuerpo se helaba. El temblor nervioso que había hecho flaquear sus piernas, le conmovía de pies á cabeza, y daba á sus dientes ligero castañeteo seco y regular.

—¿El? ¡Oh, desventurada, desventurada!—repitió con voz desfallecida.

Juntó las manos en actitud de plegaria, con los cabellos ligeramente caídos sobre sus sienes, las pupilas agrandadas, los labios blancos y febriles, toda su cara transformada por angustia mortal, parecía suplicar al cielo que no le castigara con tanta crueldad. Estaba más aterrado que colérico. Como cuando en el colegio le golpeaban sus compañeros y se escondía en un rincón sin saber qué culpa era la que expiaba. Para amortiguar su dolor, no hallaba en su corazón lacerado ni un reproche, ni un insulto para echar en cara á su mujer, y se limitaba á mirarla en silencio, con sus ojos de niño á la vez suplicantes y aterrorizados.

Magdalena deseaba que su marido la maltratase para desplegar entonces su energía. No teniendo aquel pretexto, cayó jadeante y vencida á los pies de Guillermo, rendida por su mirar desesperado y su actitud de víctima.

—¡Perdón!—balbuceó arrastrándose por el suelo, sollozando, con los cabellos extendidos por el rostro y sacudida por crisis de llanto,—perdón Guillermo. ¡Cuánto sufres! ¡Oh! Dios no tiene piedad. Castiga á sus criaturas como tu mejor celoso é implacable. Geneveva tiene razón temblan-

do ante él y asustarme recordando su cólera. No quería creer á esa mujer, confiando que el cielo perdonaría alguna vez, pero el cielo no perdona. Yo decía: «El pasado ha muerto y puedo vivir tranquila.» El pasado era ese hombre tragado por las olas, que se había sumergido con mi deshonor bajo las aguas, perdiéndose en las profundidades del Océano ó despedazándose contra las rocas, desaparecido en fin para siempre. Y ahora resucita, vuelve del abismo con eterna risa, la fatalidad le arroja á la costa y le envía para que nos robe nuestra dicha... ¿Comprendes tú esto, Guillermo?... Estaba muerto... y ya no está muerto... Es cruel hasta para morir... El cielo ya no hace milagros. Ha tenido cuidado de no matar por completo á Jacobo; era preciso que volviese para mi castigo... ¿Qué falta hemos cometido? Nos amábamos y éramos dichosos. Se nos castiga porque somos felices, como si Dios no quisiera que sus criaturas vivieran en paz. Esto me impide blasfemar... Genoveva tiene razón... El pasado, la falta no muere jamás.

— ¡Desdichada, desdichada! — repetía Guillermo.

— Acuérdate que no quería aceptar el matrimonio que tú me ofrecías; acuérdate Guillermo, de aquella melancólica tarde de otoño que juntos al borde de una fuente que las lluvias habían cubierto de lodo, una secreta voz me advertía que no confiara en la misericordia del cielo. Yo te decía: «Sigamos como estamos, nos amamos y esto debe bastarnos. Acaso nos amaremos menos si nos casamos.» Pero tú insististe diciendo que querías poseerme por completo ante la faz del mundo; me hablabas de una vida de paz y pronunciabas palabras llenas de promesas, de ternura eterna, de hogar común... ¡Ah! ¿por qué me dejé convencer? ¿por qué no hice caso del terror secreto que me advertía? Entonces me hubieses acusado de no quererte; pero hoy, en cambio, huiría de Jacobo sin manchar tus afectos de niño, sin arrastrarte conmigo por el lodo. Pensaba que siendo tu querida, si alguna vez fuera infame, podrías arrojarme de tu lado, como se arroja á una prostituta y olvidarme. Yo volvería á ser la mujer despreciable que va de lecho en lecho, á quien un amante echa á la calle cuando está cansado de sus caricias. Ahora tenemos una hija... ¡Oh! perdóname Guillermo, fui muy cobarde dejándome convencer.

— ¡Desdichada, desdichada! — repetía siempre Guillermo.

— ¡Oh! sí, he sido cobarde, pero es preciso comprenderlo todo. ¡Si supieras cuán cansada estaba y la necesidad que tenía de reposo!... No me creo mejor que las demás; si cedí fué porque tenía necesidad de cariño, y

deseaba ver cicatrizadas las heridas que en mi orgullo tenía abiertas. Cuando me diste tu nombre, me pareció que quedaba libre de toda mancha; pero el lodo deja manchas imborrables. Sin embargo, he luchado ¿no es verdad? He pasado una noche entera preguntándome si no cometía una infamia accediendo á tus deseos. Debí negarme, pero llegaste cuando aún dormía y me estrechaste entre tus brazos; recuerdo que tus ropas estaban frías como el aire de la mañana; habías pasado sobre la hierba húmeda para llegar más pronto á mi lado... Me faltó valor para rehusar á pesar que había visto á Jacobo en sueños. Su espectro me decía que le pertenecería siempre, que asistiría á nuestra boda y se instalaría en nuestra alcoba... Me indigné... y quise probar que era libre y he sido cobarde, muy cobarde... ¡ah! ¡cuánto daño te hago y que bien haces odiándome!

— ¡Desdichada, desdichada! — seguía diciendo la voz que iba y monótona de Guillermo.

— Más tarde, fui tan estúpida, que me alegré con impudencia de haber cometido aquella cobardía. Durante cuatro años el cielo ha tenido la bondad cruel de recompensarme por mi mala acción; quería castigarme en plena calma para que el golpe fuera mortal... Vivía tranquila en esta habitación y había llegado ya á persuadirme de que siempre había vivido aquí. Me creía honrada al abrazar á nuestra hija... ¡Qué días tan felices, cuánta dicha, cuánta ternura robada! Sí, porque yo he robado todo esto; tu nombre, tu amor, la tranquilidad de nuestra vida y los besos de mi hija. No me merecía nada bueno ni digno, porque no he comprendido que el destino se burlaba de mí, y que un día ú otro perdería aquellos goces que no podían existir para una mujer como yo. No, yo exhibía insolentemente mi felicidad, mi robo; llegué á imaginarme que era acreedora á la dicha y me forjaba la vana ilusión de que esos días no tendrían fin... De pronto todo se ha perdido... Pues bien; eso no es más que justicia, soy una miserable. Pero tú, Guillermo, no debes sufrir, no quiero que sufras, ¿lo oyes? Voy á marcharme, me olvidarás y no volverás á oír hablar de mí.

Magdalena sollozaba con las ropas en desorden y apartando sus cabellos, que mojados por las lágrimas se pegaban á sus mejillas. La desesperación de aquella soberbia criatura á la que un golpe tan brusco hería su habitual energía, estaba llena de sorda cólera. Se hubiese calmado si su orgullo hubiese sufrido menos. Un solo pensamiento la enternecía realmente, la actitud de Guillermo, el que le inspiraba una suprema piedad. Habían perdido fuerza sus

rodillas y estaba sentada en el suelo; mientras hablaba con el acento empero de un enfermo delirante, levantaba los ojos hacia su marido con ademán de súplica, como como rogándole que dominara su dolor.

Guillermo, anonadado, estúpido, la miraba con aire tris-tísimo arrastrarse por el suelo; se había cogido la cabeza con ambas manos, y repetía: ¡Desdichada, desdichada! balanceando el cuello como un idiota que no acertara á encontrar otras palabras en su cráneo vacío. En efecto, este pobre ser dolorido, no tenía otra queja. Hasta ignoraba el motivo de su sufrimiento; mecíase en aquella lamentable letanía, y el sentido de sus palabras no lo comprendía ya. Cuando su mujer acabó de hablar, ronca su voz por el dolor, Guillermo se admiró del silencio que reinaba; recobró la memoria é hizo un gesto indefinible de pena.

—¿De modo que tú sabías que Jacobo era mi amigo, mi hermano?—dijo con voz extraña que no parecía la suya.

Magdalena movió la cabeza con ademán de soberano desprecio.

—Lo sabía todo y he sido cobarde, ya te lo he dicho. Cobarde é infame. ¿Te acuerdas del día que fuiste llorando á la calle de Boulogne? Me diste la noticia de la muerte de Jacobo; pues bien, antes de que tú llegaras ya había visto yo el retrato de ese hombre. Dios es testigo de aquel día, quise huir para evitarte el dolor de haberme poseído después de tu hermano... El destino me tentó... nuestra aventura es una broma siniestra del cielo. Cuando supe que Jacobo no podía ya levantarse ante nosotros, me di por vencida, falta de valor para sacrificar mi cariño, y me dije que no tenía el derecho de disgustarte separándome de tí. A partir de aquel momento he mentido, sí, he mentido con mi silencio. La vergüenza no me ahogó. Yo hubiera guardado mi secreto eternamente, acaso hubieses muerto entre mis brazos ignorando que tu amigo me estrechó antes que tú en los suyos... Mis abrazos hoy te espantan y piensas con repugnancia en nuestros cinco años de amor. Yo, yo he aceptado toda esa infamia. Es que soy perversa...

Se detuvo bruscamente y prestó oído; en su rostro ansioso se retrataba el miedo. La puerta de la sala que daba al vestíbulo había quedado entornada y creía haber oído ruido de pasos en la escalera.

—¿Oyes?—murmuró.—Jacobo va á venir... ¿no comprendes que puede entrar aquí de un momento á otro?

Guillermo despertó sobresaltado y escuchó también. Ambos permanecieron un instante encorvados, ensordecidos y

ahogados por las violentas palpitaciones de su corazón. Parecía como que en las tinieblas del vestibulo hubiese un asesino dispuesto á derribar la puerta y caer sobre los esposos puñal en mano. Guillermo temblaba más que Magdalena. Ahora que sabía toda la verdad, no podía avenirse con la idea de hallarse otra vez frente á Jacobo. Su espíritu delicado y débil le impedía entrar en una explicación inmediata. Después de la crisis por la que acababa de pasar, le volvía loco la idea de que Jacobo podía bajar. Cuando cansado de escuchar inútilmente volvió á mirar á Magdalena y la vió á sus pies presa de un abatimiento y un dolor indecibles, todo su ser experimentó una necesidad suprema de ofrecer consuelo y misericordia.

Con movimiento instintivo se arrojó en los brazos de Magdalena y la estrechó amorosamente entre los suyos.

Largo rato lloraron juntos. Parecía que su estrecho abrazo los unía fortísimamente, y que Jacobo no podría separarlos. Guillermo había enlazado sus manos en la espalda de Magdalena, y con la frente apoyada en su hombro lloraba como un niño. Aquellas lágrimas perdonaban á Magdalena. Guillermo decía: «Tú no eres culpable, es el destino quien lo ha hecho todo. Ya lo ves, te amo todavía y te juzgo digna de mi ternura. No hablemos de separación.» Y su debilidad añadía: «Consuélame, consuélame, estréchame contra tu seno y mécame para aliviar mis penas. ¡Lloro! ¡sí, no me abandones, te lo ruego! Si me dejaras solo me moriría y no podría soportar el peso de mi dolor. ¡Cúrame las heridas que me has hecho! ¡Se buena y cariñosa!» Magdalena oía perfectamente estas palabras en medio del silencio comprendiéndolas en los ahogados suspiros de su marido. Debía tener piedad de aquella naturaleza nerviosa y consolarla. Por otra parte, una infinita dulzura llenaba su ser ante aquel perdón absoluto, ante aquella muda misericordia de lágrimas y besos. Su marido hubiera dicho: «Te perdono» y hubiese inclinado tristemente la cabeza; pero no la decía nada, se abandonaba, ocultándose tembloroso en su pecho pidiéndole su cariño y esto la calmaba, consolándola segura de aquel infinito amor que la estrechaba temiendo perderla para siempre. Desasíóse Magdalena la primera. Había dado la una de la madrugada y era preciso adoptar una resolución.

—No podemos esperar á que se despierte—dijo Magdalena procurando no pronunciar el nombre de Jacobo,—¿qué piensas hacer?

Guillermo la miró de un modo tan distraído que deses-

peró tomara una decisión enérgica. Sin embargo, añadió:
—Si se lo decimos todo, se marchará y nos dejará tranquilos. Sube á decirselo.

—No, no—replicó Guillermo,—ahora no.

—¿Quieres que suba yo?

—¿Tú?

Guillermo pronunció estas palabras con espanto. Magdalena se había ofrecido llevada por su carácter resuelto y franco. Pero él no comprendió la lógica de su ofrecimiento y lo consideró como una verdadera monstruosidad. La idea de que su mujer se hallase sola con su antiguo amante, hería su delicadeza y lo torturaba con vagos celos.

—¿Qué hacemos entonces?—preguntó Magdalena.

Guillermo no respondió en seguida. Creyó haber oído pasos en la escalera y escuchaba pálido de ansiedad como anteriormente. La vecindad de Jacobo, la idea de que este hombre volvería á verle y le tendería su mano, le causaba una cruenta angustia. Un solo pensamiento tenía, el de huir inmediatamente, sustraerse á una explicación, el de refugiarse en cualquiera soledad donde pudiera calmarse. Como siempre su carácter, buscaba ganar tiempo y reanudar más lejos su sueño de paz y de tranquilidad. Cuando levantó la cabeza:

—Vámonos—exclamó con voz queda,—mi cerebro estalla y soy incapaz de tomar en estos momentos una resolución... El no pasará aquí más que un día. Cuando se marche tendremos un mes ante nosotros para hallar de nuevo y asegurar nuestra dicha.

Esta huida que le proponía su marido repugnaba el recto espíritu de Magdalena. Comprendía que así nada se resolvía, y les dejaba tan angustiados como antes.

—¡Prefería concluir de una vez!—replicó Magdalena.

—No, ven, te lo ruego—murmuró Guillermo con insistencia.—Iremos á dormir á nuestra antigua casita, pasaremos allí el día de mañana y aguardaremos su partida... Tú sabes como yo, cuán felices hemos sido en aquel ignorado rincón, el tibio ambiente de ese retiro nos tranquilizará, lo olvidaremos todo y nos amaremos otra vez como cuando te iba á visitar ocultándome de todas las miradas... Si uno de los dos vuelve á ver á Jacobo, adiuvino que nuestra felicidad muere para siempre.

Magdalena hizo un gesto de resignación. Sentíase ella misma tan conmovida, y veía á su marido tan fuera de sí, que no se atrevió á exigir de Guillermo una decisión heroica.

—Sea—exclamó,—partamos. Vamos á donde tú quieras.

Ambos esposos miraron á su alrededor. El fuego se había extinguido, la lámpara no arrojaba más que un resplandor vacilante y amarillento. La vasta sala donde tantas veladas habían gozado hallábase sombría, glacial, lúgubre. Por fuera un fuerte viento agitando las ventanas, hacíalas gemir. Parecía que un huracán invernal había pasado por la sala arrebatando la paz y la alegría de aquella vieja casa. Cuando Guillermo y Magdalena se dirigían hacia la puerta, apercibieron en la sombra á Genoveva, erguida, inmóvil que les seguía con los ojos brillantes.

Durante la larga escena de desesperación que acababa de asistir, la vieja había conservado su actitud rígida é implacable. Gustaba de una feroz voluptuosidad escuchando aquellos sollozos y aquellos gritos de la carne. La confesión de Magdalena le abría un mundo ignorado de deseos y de pesares, de alegrías y de dolores que jamás habían conmovido su cuerpo virgen y cuyo cuadro le hacía pensar en las crueles satisfacciones de los condenados. Genoveva se decía que éstos debían reír y llorar así, mientras que las llamas les lamen y acarician con sus ardientes y brillantes lenguas. En su horror, había una curiosidad vivísima, la curiosidad de una mujer que ha envejecido en medio de groseras necesidades sin conocer al hombre y que oye bruscamente una historia de pasión. Acaso ella misma sintió envidia por un instante por no haber gozado los amargos placeres del pecado, cuyo fuego infernal destrozaba el seno de Magdalena. Genoveva no se había equivocado: aquella soberbia y hermosa criatura era una enviada de Satán, el cielo había puesto sobre la tierra para la condenación de los hombres. La miraba retorcerse y destrenzarse, como hubiese contemplado los movimientos de una serpiente agitándose entre el polvo; las lágrimas que derramaba, le parecían ser las lágrimas de rabia de un demonio que se veía descubierto; sus cabellos rojos despeñados, su cuello blanco y voluptuoso henchido de suspiros, todos sus miembros arrastrándose por el suelo, le parecían desprender un olor carnal y nauseabundo. Recordaba á la mujer lúbrica de su grabado, con su opulento seno, sus brazos tentadores, á la infame cortesana ocultando un montón de infecto lodo bajo el satinado de su piel nacarada y voluptuosa.

Cuando Magdalena avanzó hacia la puerta, Genoveva dió un paso atrás para evitar su contacto.

—Lúbrica, lúbrica—murmuraba entre dientes...—El infierno te ha vomitado y tientas al santo descubriéndole tu im-

Magdalena Ferat.—9

pura desnudez. Tu cabellera roja, tus labios rojos arden aún con el fuego infernal. Has blanqueado tu cuerpo y tus dientes en las profundidades del abismo. Te has engrasado con la sangre de tus víctimas. Tú eres hermosa, eres fuerte, eres impúdica, porque te nutres con carne... Un soplo de Dios te hará caer en el polvo, lúbrica, hija maldita, y te pudrirás como una perra aplastada en el borde de un camino...

Los esposos no pudieron entender nada de aquellas frases que mascullaba febrilmente como un exorcismo que debía protegerla contra los ataques del demonio; creían que toda la servidumbre del castillo estaba acostada y se asustaron de verla allí.

Geneveva debió haberlo oído todo. Guillermo iba a rogarla que guardase silencio cuando ella se adelantó preguntándole con su voz seca de sermoneadora:

—¿Y qué diré mañana á tu amigo? ¿Le confesaré tu vergüenza?

—Cállate, loca—gritó el joven con sorda irritación.

—Esta mujer tiene razón—dijo Magdalena,—es preciso explicar nuestra ausencia.

—¡Que diga lo que quiera!... No sé nada... Que pretexto la muerte repentina de un pariente, cuya mala noticia nos obligó á partir á escape...

Geneveva le miraba con infinita tristeza.

—Mentiré por ti, hijo mío—contestó.—Pero mi mentira no te salvará de los tormentos que te buscas. ¡Ten cuidado! El infierno se desencadena, acabo de ver el abismo abrirse ante ti y caerás en él si no te separas de la impura...

—Cállate, loca—gritó nuevamente Guillermo.

Magdalena retrocedía bajo la ardiente mirada de la fanática.

—No está loca—balbució,—y harías bien Guillermo, en oír su voz... Déjame partir sola, es á mí á quien corresponde correr por los caminos en esta noche de invierno. ¿Oyes cómo silba el viento?... Quédate y olvídate, no irrites al cielo queriendo compartir mi infamia.

—No, no quiero dejarte—respondió con súbita energía Guillermo.—Sufriremos juntos si juntos debemos sufrir. Espero, y te amo. Ven, nos tranquilizaremos y seremos perdonados.

Entonces la voz de Geneveva se levantó breve y fatal:

—¡Dios Padre no perdona!

Esta frase que como profecía de desgracia la había oído Magdalena, antes de la llegada de Jacobo y que otra vez volvía á oír en el momento que iba á buscar el olvido,

le causó una terrible y helada sensación de espanto. Toda la fuerza que la sostenía en pie, desapareció. Vacilante apoyóse en el hombro de su marido.

—¿Oyes, Guillermo?—murmuró.—¡Dios no perdona nunca, nunca!... No escaparemos al castigo.

—No escuches á esa mujer—le dijo Guillermo arrastrándola,—miente, el cielo es misericordioso y sabe perdonar á los que aman y á los que lloran.

Magdalena inclinó la cabeza repitiendo:

—¡Nunca, nunca!

Después lanzó este grito de profunda angustia:

—¡Ah! los recuerdos son cobardes, son implacables, siento que me persiguen con saña.

Atravesaron el vestíbulo y salieron de la Noirande. Comprendían vagamente el ridículo cruel de semejante fuga. Mas en el anonadamiento del brusco golpe que acababa de herirles, no pudieron resistir á ese movimiento instintivo de los animales heridos que procuran ocultarse en el fondo de un agujero. No razonaban. Huían ante Jacobo á quien dejaban dueño de su hogar.